

El escenario de la política se va quedando vacío. En este artículo, las condiciones para llenarlo.

La sala vacía

Susana Villarán

El escenario de la política, ese espacio público en el que los ciudadanos y las ciudadanas se encuentran con los otros para pensar y actuar en aquello que les es común, se va quedando vacío. Los viejos actores se repiten, los nuevos no convencen y su torpeza aleja a los pocos espectadores que van quedando en la sala. La obra es un *remake* sin novedad alguna.

¿Qué hace falta para llenar la sala?

1. *Meritocracia y no privilegios*: Llegar al Congreso o conseguir el puestito (o el puestazo) en el Ministerio o en la Alcaldía, por la vía del compadrazgo, del conocido, del tarjetazo, del carné, de la llamadita oportuna, de la bolsa de dinero, del "hoy por ti, mañana por mí". Mientras no reivindicamos los méritos y los desempeños personales y reproduzcamos la cultura del privilegio, persistirá el descrédito de la política para aquellos y aquellas que realmente va-

len... y que la siguen viendo desde el balcón.

2. *Justicia y no impunidad*: La complicidad para perdonar delitos corroe la confianza en la política; la justicia se devalúa, se diluye su sentido reparador. Quien delinque, si tiene influencia, pasa *piola*. A pesar de lo que hemos avanzado en este aspecto en los últimos tiempos, la inercia nos regresa a las mismas componendas de siempre. Los políticos no delinquen, solo pecan.

3. *Responsabilidad y no facilismo*: El trabajo de hormiga, la continuidad de las políticas que dan resultados, la cancelación de los programas que hacen agua, el evitar el dispendio, la duplicación, el impulsar la investigación y el monitoreo del impacto son indispensables para obtener logros en la acción pública. No es así, sin embargo, como se hace política en el Perú. Cada quien llega a "estrenar", a desandar lo andado, a gastar lo que es nuestro sin estudio

ni planificación alguna. Lo fácil nos sigue deslumbrando. Total, lo que importa es el márketing.

4. *Transparencia y no corrupción*: Es indispensable rendir cuentas, aceptar y promover la fiscalización, publicar las agendas de los funcionarios públicos de alto nivel, exponer a la luz pública lo que se gana y lo que se gasta. Pero nos seguimos aferrando a la cultura del secreto. La gente desconfía de los políticos que así actúan, ya que están seguros (y tienen razón) de que tras bambalinas se sigue festinando lo público para beneficio privado.

5. *Concertación y no confrontación*: La búsqueda a rajatabla del consenso puede ser un ejercicio autoritario; la negociación en política suele sumar cero y empañar los resultados; confrontar es lo

Susana Villarán trabaja en el Área de Seguridad Ciudadana y Reforma Policial del IDL.

usual, lo que sirve para salir en titulares. Esa es la manera de lograr la vigencia de quienes hacen política menuda (que es lo que abunda). Concertar, en cambio, implica respeto a la diferencia, ánimo de arribar a acuerdos, inteligencia para mediar, voluntad para asumir retos comunes y transparencia para evaluar las metas trazadas.

6. Liderazgo y no caudillismo: Los mismos rostros de siempre, la reelección perpetua de los dirigentes políticos, la falta de formación y renovación de cuadros, la postergación de los jóvenes, las alianzas que se traban entre cuatro paredes y entre cuatro personas, la clarividencia de los "iluminados", la autopromoción. El caudillismo sigue siendo una tara en la política peruana. Los liderazgos democráticos surgen solo de experiencias democráticas, de voluntades abiertas, plurales, tolerantes, del ejercicio de someterse sin temor al escrutinio, de la rotación de responsabilidades, de la práctica de la escucha.

7. Austeridad y no dispendio: El amor a la circulina, la adicción a los altos sueldos, a la casa de playa, el cambio de residencia cuando se llega a un puesto público relativamente importante nos revelan a diario que quienes llegan al poder se benefician económicamente de él. El dispendio en el ejercicio de la función pública hiere la sensibilidad de quienes apenas sobrevi-



Los círculos del poder alejan a los políticos de aquellos y aquellas a quienes dicen representar. La gente se queda fuera.

ven, los resienten (y con razón). En esta sociedad tan desigual, quienes hacen política deben vivir y aspirar a gobernar austeramente.

8. Cercanía y no elitismo: Los círculos del poder alejan a los políticos de aquellos y aquellas a quienes dicen representar. Los espacios en los que se hace política se estrechan y reducen a los elegantes pasillos de los hoteles y restaurantes. La gente se queda fuera. La lejanía genera agresividad y resentimiento. La cercanía genera confianza, permite la escucha, produce ideas, suscita la compasión, obliga a actuar con indispensable sentido de urgencia.

9. Inclusión y no discriminación: La política es todavía masculina, criolla, limeña. Ni las mujeres ni los indígenas ni

los jóvenes se sienten cómodos en ella. El formato es esencialmente discriminatorio. Incluir es aceptar, perder un poco de poder, ceder espacios, tolerar el cambio de lenguaje, de los modos y las maneras de hacer política. Incluir es democratizar.

10. Innovación y no conservadurismo: Pueden ser de izquierdas, de derechas o de centro, pero siguen siendo conservadores, incapaces de hacerse preguntas radicales, de explorar y ensayar nuevos estilos, de caer mal, de ser políticamente incorrectos y deslizarse por la pendiente de lo desconocido. Por eso la política ha perdido brillo y su mediocre opacidad aleja a quienes pueden renovarla.

Todavía, como vemos, andamos en busca de una buena compañía. ▲